

La dimensión afectiva en el compromiso ciudadano

*Consuelo Biskupovic**

Universidad de Chile, Santiago, Chile

RESUMEN

A partir de una investigación etnográfica (2007-2011) con un colectivo de defensa de la precordillera de Santiago de Chile, este trabajo, en primer lugar, revisa teóricamente cómo se han entendido las emociones desde las ciencias sociales. Luego, siguiendo el enfoque pragmático de Dewey y Quéré, en la segunda parte se abordan situaciones en terreno en las que la dimensión afectiva ocupa un lugar central. Se presenta cómo la dimensión afectiva es determinante a la hora de comprometerse por la naturaleza y por conseguir que la vida asociativa se mantenga en el tiempo. La defensa de la naturaleza, un bosque en este caso, es inseparable del sentirse afectado por lo que a ella le suceda. Se exploran contextos y situaciones en las que los apegos, afectos y emociones se manifiestan dentro y fuera de la asociación, buscando refocalizar la pregunta sobre cómo los actores transforman los espacios a la vez que estos también afectan y transforman a sus habitantes.

Palabras clave

Etnografía, acción colectiva, dimensión afectiva, naturaleza, Dewey

* Lic. en Antropología Université Paris X, Nanterre. Máster en Ciencias Sociales EHESS-ENS. Estudiante de doctorado en Antropología Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, EHESS, París, y Universidad de Chile. Coinvestigadora del Proyecto Fondecyt N° 1130156. Correo electrónico: cbiskupovic@ug.uchile.cl. Una versión preliminar de este texto fue discutida por Christian Anwandter, Pablo Blitstein, Margalida Mulet Pascual, Amari Peliowski y Martín Tironi; a ellos les doy las gracias por sus lecturas críticas, las que me ayudaron a encauzar estas preguntas. Agradezco además a las instituciones que hicieron posible esta investigación: Laboratorio IRIS-EHESS, Conicyt y al programa ECOS-Conicyt. Sin duda, quienes posibilitaron este trabajo en terreno son los miembros de la Red, quienes siempre me apoyaron; mis agradecimientos profundos van para ellos.

The affective dimension in civic engagement

ABSTRACT

This paper, based on ethnographic research (2007-2011) with a civic association working for the defense of the foothills of Santiago, Chile revises, theoretically, how the emotions have been understood from a social sciences perspective. Then, following the pragmatic approach of Dewey and Quéré, field situations are addressed in the second part in which the affective dimension is central. It shows how the affective dimension is a determining factor when it comes to committing for nature and for maintaining the associative life over time. The defense of nature – a forest in this case – is inseparable from the fact of ‘being affected’ by what happens to nature. It explores contexts and situations where attachments, affections and emotions are manifested both within and outside the association, individually and collectively, seeking to refocus the question of how actors transform spaces while these also affect and transform their inhabitants.

Keywords

Ethnography, collective action, affective dimension, nature, Dewey

Introducción

La experticia que puedan movilizar las autoridades con respecto a un espacio cuando se trata de decidir sobre nuevos proyectos en la ciudad no considera los apegos ni los afectos ni las emociones de los actores implicados. Sin embargo, estos sí participan en la relación que tejen con el lugar que habitan, como también lo hacen con respecto a las interacciones cotidianas entre autoridades, miembros de organizaciones civiles, profesionales, etc. Con esto no se quiere decir que emoción sea igual a irracionalidad o que emoción y racionalidad sean incompatibles (Aminzade y McAdam, 2002), sino que, como han señalado estos autores, las emociones sí tienen un rol, producen efectos y son centrales en los procesos a través de los cuales las personas se comprometen.¹

El propósito de este artículo es entender las emociones en un sentido amplio. Las emociones son parte de lo que se puede llamar ‘campo afectivo’ o, como

¹ Actualmente asistimos a una rehabilitación o reintegración de las emociones en parte gracias al best seller Antonio Damasio, quien demostró, desde la neurología, que sin emoción no podemos tomar decisiones correctas, ya sea para elegir una calle, para evitar peligros, etc.

prefiero llamarlo (Cefaï, 2007), ‘dimensión afectiva’. Bajo la idea de dimensión afectiva se han reagrupado los afectos, emociones, sentimientos y apegos, para ver cómo esta dimensión juega un rol en la defensa de la naturaleza. Esto, realizado a partir de una investigación etnográfica² que exploró el compromiso de ciudadanos en Santiago, Chile, más particularmente, el colectivo que aquí llamaré la Red. El objetivo es dar cuenta de cómo la dimensión afectiva tiene un lugar central en el desarrollo de una cultura política (Eliasoph y Lichterman, 2011) de defensa del espacio, territorio, medio ambiente o naturaleza, según como se le quiera llamar. Esta naturaleza es una ‘naturaleza en peligro’, como ha destacado Danny Trom (1993),³ ya que es justamente la naturaleza la que está en juego, la que es reivindicada y la que está en el centro del conflicto (Trom, 1999).

Esta dimensión ha sido muchas veces olvidada o marginalizada por las ciencias sociales (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001). Sin embargo, si revisamos qué atención le han prestado las distintas disciplinas de las ciencias sociales y humanas a las emociones, encontramos muchos trabajos que por su número no permiten hablar de excepciones. En el caso de la antropología, esta se ha mantenido atenta a la “experiencia emocional de los otros” (Leavitt, 1996, p. 514). La alteridad ha dado pie a “imputaciones de emociones” (Leavitt, 1996, p. 514) que encontramos comúnmente en los escritos de antropólogos interesados en grupos indígenas o contextos exóticos, como el caso de las descripciones de V. Turner (1967). En el caso de la historia, según L. Passerini (2008), el concepto de emoción también se volvió un tema central en la investigación académica hace 40 años. Quizás donde los historiadores han sido más innovadores –en relación a las demás disciplinas– es en que también se han interesado en cómo los historiadores mismos han tratado las emociones a través de la historia (Rosenwein, 2002). Por su parte, la teoría crítica y la filosofía no se quedaron atrás cuando en la década de 1990 pusieron en el centro del debate lo que llamaron el *affective turn* (Clough y Halley, 2007).

² Esta se llevó a cabo en tres etapas entre los años 2008 y 2010. El primer trabajo en terreno constó de ocho meses (desde abril hasta noviembre de 2008), el segundo fue de seis meses (desde octubre de 2009 hasta marzo de 2010) y el tercero fue de dos meses (entre octubre y noviembre del 2010). Se realizó un total de 57 entrevistas, se asistió a 37 reuniones (de los miembros de la Red con otros actores como funcionarios, académicos, profesionales), así como a 18 actividades diversas, entre las que se cuentan caminatas, exposiciones, charlas, seminarios y encuentros diversos. Para abordar la dimensión afectiva, este artículo se ha focalizado en algunos momentos de la etnografía. Estos momentos son entrevistas, declaraciones y situaciones de interacción, que dan cuenta de cómo lo afectivo tiene un rol primordial a la hora de comprometerse.

³ Esta y las demás traducciones de citas en lengua extranjera en este texto son de la autora.

Puesto que el universo de las emociones es inmenso, la intención aquí está limitada a los apegos, emociones y sentimientos que muestran los ciudadanos a la hora de comprometerse con el territorio y la naturaleza. Se busca profundizar en el rol vital que los procesos emocionales juegan en el desarrollo de los movimientos sociales a través del tiempo (Gould, 2002). También, analizar el surgimiento de emociones fuertes, que impregnan y son estimuladas por la identidad colectiva de los activistas, para ver cómo estos procesos “afectan las actitudes de los ciudadanos con respecto a ellos mismos, con los demás y también en relación a lo que es políticamente deseable, posible y necesario” (Gould, 2002, p. 177).

El compromiso tratado aquí es entendido como una actividad individual y colectiva, cotidiana, de actores organizados en torno a la Red, una asociación ciudadana creada el año 2006 y que nace principalmente para oponerse al crecimiento inmobiliario de la precordillera de Santiago, y de esa manera defender la flora y fauna del lugar. Esta asociación surge en una comuna de clase media en la provincia de Santiago y en su inicio son sobre todo vecinos de la precordillera de esta comuna quienes se comprometen y se organizan para actuar fundamentalmente a nivel municipal. El objetivo central de la Red se articula actualmente en torno a lograr detener un proyecto de condominios en un terreno privado en la precordillera, donde actualmente existe un importante bosque esclerófilo.⁴

Para introducirnos en lo que es una emoción, un apego, un afecto o un sentimiento, ciertamente se necesitarían más líneas de las que se disponen en este artículo. Ahora bien, el objetivo aquí está lejos de buscar una definición y de trazar la sociohistoria de cómo se han definido estas categorías. Se trata más bien de ver cómo funciona la dimensión afectiva en situaciones dadas. Estas situaciones, en el caso de este trabajo etnográfico, tienen en común que se refieren al compromiso con una naturaleza y un territorio en particular. Además, en ellas los actores reconocen una situación que es problemática, la que en general remite al hecho de que tal naturaleza está ‘amenazada’, está en peligro de desaparecer.

Hasta ahora, pocos autores han tratado tan pertinentemente este tipo de situaciones surgidas en el terreno, y que se analizarán en la segunda parte de este artículo, como lo son los trabajos de John Dewey y los posteriores análisis que retoman esta corriente pragmática. Antes de considerar estos trabajos, se realiza aquí un pequeño desvío por lo que podemos rescatar de la sociología en cuanto al análisis de lo afectivo.

⁴ Puesto que en otros lugares he desarrollado en mayor profundidad la acción colectiva puesta en práctica por esta, en este artículo no abordaré estos aspectos. Ver Biskupovic (2011); Barozet y Biskupovic (2012).

Las emociones y la sociología: un debate pendiente

Una gran puerta es la que abrió sin lugar a dudas la retórica aristotélica al reflexionar sobre la gestión de la polis (y que tiene profunda relación con los objetivos de este artículo):

ver lo que puede tocar [al oyente], conocer la naturaleza de las emociones y lo que las suscita, preguntándose a qué sentimientos el receptor puede acceder por su status, su edad... Este saber es necesario para el orador que quiere emplear la cólera, la indignación, la piedad, como medio oratorio. (Aristóteles, 1991, p. 183; cit. por Amossy, 2010, p. 157)

Como precisamente resume Amossy, son tres los aspectos a considerar: i) en qué estado de ánimo estamos cuando sentimos; ii) hacia qué categoría de personas; iii) por qué motivos (Amossy, 2010, p. 157). Además, en el ámbito deliberativo, como sugiere este análisis, es útil considerar en qué disposiciones afectivas están los auditores a quienes nos dirigimos, y además saber ponerlos en las disposiciones que convienen, puesto que la pasión, por ejemplo, es lo que, modificándonos, produce diferencias en nuestros juicios (Amossy, 2010, p. 158). Este enfoque, sin embargo, se centra no tanto en la expresión del sentimiento como en la tentativa de suscitarlo en otro (Amossy, 2010, p. 158):

La cuestión de las pasiones y de su movilización en el trabajo de la persuasión muestra bien hasta qué punto la retórica depende de una visión antropológica. Está intrínsecamente ligada a una concepción cambiante de la racionalidad humana y al status de los afectos en el sujeto pensante. (Amossy, 2010, p. 158)

Según Amossy (2010), no debemos confundir el efecto emocional producido entre quienes escuchan y lo que siente o expresa quien habla. Dejemos en claro que en este artículo nos interesa este segundo punto.

Esta observación anterior se remite al análisis del discurso, pero, puesto que son las ciencias sociales las que nos convocan aquí, ¿qué han dicho los sociólogos al respecto? Sommier (2010), en su notable reseña, señala que es innegable que las emociones ocuparon un lugar central entre los fundadores de la sociología, como es el caso de Tocqueville y su *Democracia en América*; Marx y sus estudios sobre las revoluciones francesas; Weber, en el clásico *Economía y sociedad*; o como lo hizo por su parte Simmel, estudiando el conflicto. Sin embargo, Sommier (2010)

distingue en Durkheim un rol ambivalente que posiblemente marca un ocultamiento del estudio de las emociones, sobre todo en Francia.

Quizás por esto llama la atención la falta de definición y delimitación de los estudios en ciencias sociales en relación a lo afectivo. Existen muchos trabajos que integran o se centran en la dimensión afectiva, sobre todo en el contexto de movilizaciones sociales. Sin embargo, ¿cómo explicar tanta reserva con respecto a lo que son –concretamente, a partir de casos y situaciones dadas– y a cómo funcionan las emociones en situaciones problemáticas, donde se enfrentan desacuerdos?

Las emociones en la manifestación de la calle es un asunto central en lo que se ha conocido como la “sociología de las movilizaciones sociales”.⁵ La atención puesta, por ejemplo, en el enojo de manifestantes ha permitido detenerse en la relación entre las emociones y la sustentabilidad de los movimientos (Gould, 2002) o en el lugar que ocupa el cuerpo en la manifestación (Soutrenon, 1998). Entre estos trabajos, y aun cuando son numerosos los análisis teóricos, los trabajos etnográficos que describen en terreno cómo lo afectivo se manifiesta, o cómo los sentimientos y apegos son percibidos, son escasos. Por otro lado, tampoco encontramos numerosos trabajos que profundicen lo suficiente en las emociones colectivas más allá de las manifestaciones, por ejemplo, en las reuniones privadas de las organizaciones o en su interacción con otros actores. Generalmente se ha privilegiado estudiar cómo emergen ciertos movimientos y cómo perduran, pero poca atención se ha prestado al estudio sistemático de cómo las asociaciones actúan diariamente, lidiando con distintos actores que pueden representar a otras organizaciones, como son ministerios, municipios, mundo científico, etc.

En resumen, podemos distinguir en el marco de la ‘sociología de las movilizaciones’ los paradigmas de ‘comportamiento colectivo’, con una base en la psicología; la ‘movilización de recursos’, centrada en la elección racional; el paradigma identitario que se interesó en el rol de las representaciones y de las ideologías; y, posteriormente, encontramos trabajos con un enfoque cognitivista y otro que se interesa en las oportunidades políticas (Soutrenon, 1998). Si bien es cierto que este no es más que un breve resumen de todos los ámbitos que ha abordado este subcampo de la sociología, no podemos negar que ninguno de estos paradigmas dominantes se interesó de lleno por la dimensión afectiva en el compromiso.

La dimensión psicológica, cognitiva o de análisis de discurso nos ayuda a entender la dimensión afectiva a escala individual. A nivel colectivo, sin duda

⁵ Para un análisis en profundidad de las distintas corrientes, sugiero los trabajos de Daniel Cefai. Traducido al español se encuentra Cefai (2011).

son las ciencias sociales las que más están en condiciones de estudiarla. Eso sí, familiarizados con las costumbres sociales, no resulta evidente distinguir las emociones, puesto que nosotros mismos las compartimos. Las costumbres colectivas no necesariamente son emociones colectivas; como advierte Quéré (2012), el hecho de que una emoción sea compartida no significa que estemos frente a emociones colectivas. En este sentido, los análisis dominantes de los movimientos sociales han abordado las emociones colectivas en tanto que ‘fenómenos de contagio, de fusión o de histeria colectiva’ o como una suma de emociones individuales. El desafío es mostrar que un colectivo pueda realmente sentir las emociones. Como subraya Quéré, este aspecto está lejos de haber sido resuelto por las teorías de movimientos sociales. Estas se han olvidado de que las pasiones pueden dominar las capacidades racionales (Amossy, 2010), pensando que la argumentación solo se puede analizar desde la razón, desde los conectores lógicos que escuchamos en entrevistas. Se tiende a pensar que defender un argumento es intentar mostrarle a quienes escuchan una posición, racionalmente. Pero esto no significa que las emociones no puedan tener aquí un rol (van Eemeren et al., 1996; cit. por Amossy, 2010).

Dos problemas se presentan para integrar la dimensión afectiva al estudio de los procesos de acción colectiva. Primero, la primacía que se le ha dado a la movilización ha dejado de lado la importancia que tienen en las reivindicaciones ciudadanas todos los demás procesos cotidianos que los actores implicados llevan a cabo durante años. El foco se ha puesto tan intensamente en la manifestación, que todos los demás procesos se han invisibilizado. Creemos que la manifestación, si bien puede permitir que el grupo exista –tal como señala Offerlé (cit. por Soutrenon, 1998)–, no es la única manera de decir algo o de permitir las condiciones para que exista debate. Contrariamente a estos trabajos de ciencias políticas, en donde la manifestación como objeto de estudio está omnipresente, pareciendo ser un fin en sí mismo, se dan otras situaciones microsociológicas que resultan igualmente centrales para entender los procesos de acción colectiva. El segundo problema es, tal como lo señaló James M. Jasper (2011), que algunas emociones específicas son comúnmente tomadas del lenguaje cotidiano (rabia o miedo, por ejemplo), aunque en realidad cubren distintos tipos de sentimientos. Frente al primer problema, una solución es cambiar el foco de análisis (de macro a micro) y para ello el trabajo en terreno se presenta como buena opción metodológica.

Para superar la segunda dificultad, este trabajo abarca el estudio de lo afectivo a partir de una definición amplia, que incluye los distintos niveles en los que este se expresa. Así, al interior de los fenómenos afectivos es posible distinguir

emociones, humores, sentimientos, pasiones, temperamentos, caracteres, sensaciones y deseos (Deonna y Teroni, 2008). En este sentido, la solución no es crear una tipología de los *emocional processes*, como propone Jasper, sino más bien ver en concreto por qué y cómo surgen estos. Los gestos, las voces, los cuerpos... pueden ser tan importantes tanto en manifestaciones masivas como en reuniones privadas, por ejemplo entre diez personas, donde pocos investigadores se han aventurado (ver, por ejemplo, Eliasoph, 2010). Por lo mismo, el centro de interés está en la relación entre el problema y la reacción emocional, tal como lo señaló Marcus (2008). Este autor nos muestra que las emociones sí son necesarias para el ámbito racional, o estratégico, que participan en la acción colectiva, y que muchos autores han analizado en tanto que dimensiones separadas, o bien considerando muchas veces a las emociones como la contracara de la racionalidad en la acción.⁶ Es decir, las emociones también son motivadoras de la acción colectiva. Para analizar esto conviene entonces integrar a la categoría de emociones todas aquellas afecciones o procesos que den cuenta de que ciertas cosas, personas o situaciones nos afectan.

Ya en 1921, cuando Marcel Mauss estudiaba los llantos en cultos funerarios australianos, los llamaba expresiones de sentimientos, como parte de otras expresiones orales, y que son “esencialmente, fenómenos no exclusivamente psicológicos o fisiológicos, sino que fenómenos sociales” (Mauss, 1968, p. 81). Agregaba que los ritos, además de sentimientos, muestran ideas colectivas, permitiéndonos tomar al grupo, a “la colectividad en acción, en interacción si se quiere” (1968, p. 83). Pero Mauss no define qué son los sentimientos en el contexto de una interacción. Sí se detiene en el hecho de que se pronuncian en grupo y recalca el carácter obligatorio de la expresión de sentimientos como la pena, la rabia o el miedo en los cultos funerarios. Los roles están dados por valores simbólicos: gritos y cantos se llevan a cabo para la expulsión de maleficios. Por ello, Mauss sostiene que estos son signos no espontáneos y de obligación. Pero, ¿son todas las expresiones de sentimientos orales calculados, induciendo a ciertas obligaciones en el grupo? Consideramos que no. La dimensión emocional puede surgir espontáneamente y luego puede reacomodarse a la situación. En lo que sí concordamos con Mauss es cuando concluye que, “desde un punto de vista psicológico” (1968, p. 88), todo el conjunto de sentimientos individuales y colectivos “son más que simples manifestaciones, son signos de expresiones comprendidas, en resumen, un lenguaje” que todo el grupo entiende. “Más que manifestar sus sentimientos, se los manifestamos a otros” (Mauss, 1968, p. 88).

⁶ Para una reflexión sobre el ‘mito de la racionalidad’ en la antropología, ver Milton y Svasek (2005).

La dimensión afectiva según Dewey

La situación problemática en la que se centró esta etnografía puede ser también definida como lo que Boltanski ha entendido como *affaires*: “en un *affaire*, aquel o aquellos que protestan lo hacen porque su sentido de justicia ha sido ofendido” (1991, p. 20). En un *affaire*, que en el caso que aquí nos convoca se resume en la construcción en el piedemonte andino de Santiago y los riesgos que aquello conlleva, reivindicados ciertamente por vecinos que se oponen a estas construcciones urbanas, los aspectos a abordar son múltiples. Como bien lo resume Boltanski, podemos centrarnos en si están o no en su derecho aquellos que se oponen, en las imposibilidades que los actores atraviesan, en cómo sus quejas son o no consideradas, en cómo ellas son llevadas a la arena pública, en cómo pueden ser o no ser aceptadas, en la temporalidad de las causas, etc. Sin embargo, retomando la idea de que el “problema debe ser sentido para poder ser enunciado” (Dewey; cit. por Quéré, 2012, p. 265) aquí profundizaremos sobre todo en lo que respecta a ‘lo sentido’.

Según Dewey, cuando una situación problemática surge nos sentimos afectados. El proceso entonces de reconocimiento de esta, está teñido de emociones. Pero, ¿cómo consideran Dewey y el enfoque pragmático las emociones en la investigación de un problema?

Lo importante en Dewey es que le devolvió el contexto y el entorno a las emociones, posibilitando así, a nuestro parecer, un enfoque más social. Sin embargo, Dewey trató el asunto de las emociones bastante ambiguamente, por lo que para responder esta pregunta nos basaremos en las investigaciones de Louis Quéré.⁷

Las emociones son interesantes para la antropología y la sociología cuando las consideramos no como estados pasajeros o reflejos automáticos, sino que como parte integral de una situación *global y durable* que implica una preocupación por aspectos precisos y sus resultados (Quéré, 2012). Ver cómo se percibe colectivamente la emoción, si se acepta o no, qué comportamientos son o no aceptables en ese marco, cuáles son las condiciones de posibilidad de lo afectivo o cuáles son las reglas que están en juego, son algunas de las preguntas que aquí nos interesan.

Por otro lado, una emoción tiene un efecto en la acción, la puede complicar o estimular, cambiando el desenlace de esta y afectando la vida cotidiana de una

⁷ Sociólogo francés que ha retomado el enfoque del pragmatismo. En este trabajo nos centraremos en un artículo reciente de Quéré donde se pregunta sobre el orden sensible y los afectos en los problemas públicos y sobre el trabajo de las emociones colectivas en el transcurso de un asunto preciso, a saber, las “mareas verdes en Bretaña” (ver Quéré, 2012, p. 266).

persona. El compromiso es un ejemplo de esto en cuanto los apegos juegan un rol central en las biografías de los encuestados, al punto de que el sentirse afectados por una situación problemática los conduce, entre otras razones, a tomar la decisión de comprometerse para defender la naturaleza.

Aun cuando Dewey insiste en que no podemos separar una emoción “ni de su objeto, ni de la situación que la suscita” (Quéré, 2012, p. 274), “las emociones, discursos y acciones, y más ampliamente, los modos de compromiso no son simples productos de la situación” (Eliasoph y Lichterman, 2011, p. 357). Además, en la expresión afectiva juegan un rol central los valores y compromisos morales de cada persona, lo que nos lleva a apreciar diferentemente las situaciones. La dimensión afectiva y los conflictos de valores también cambian según las culturas, el contexto sociopolítico de un país, su historia política, etc. Seguramente, no era lo mismo conmoverse en una manifestación en el Chile de la década de 1970, durante la dictadura, como lo puede ser hoy en día. Asimismo, no es posible comparar las emociones en contextos religiosos (Di Bella, 2003) con aquellas que producen atentados como el del 2004 en Madrid (Truc, 2006).

Más allá de las tipologías, en el subcampo de la sociología de las emociones destaca el trabajo de Christophe Traini (2009),⁸ de quien podemos retener la noción de ‘dispositivos de sensibilización’, es decir, “el conjunto de soportes materiales, disposiciones de objetos, puestas en escena, que los militantes despliegan para suscitar reacciones afectivas que predisponen a aquellos que las sienten a comprometerse o a sostener la causa defendida” (Traini, 2009, p. 13). Pero, más que detenernos en todos aquellos dispositivos que nombra Traini, lo que aquí interesa es la sensibilidad misma, en la dimensión afectiva, que permite distinguir momentos de disrupción o de quiebre en las trayectorias. Como sugiere Quéré (2012), las emociones surgen cuando las actividades no siguen su curso normal, cuando hay un obstáculo, algo imprevisible, algo que contradice lo que espera el público. De esta manera, poniendo atención en esos momentos en que las emociones ‘se muestran’, podemos detectar esas disrupciones en el curso normal de la vida de los encuestados. Además, la emoción, cuando existe, lo hace también porque hay una situación que importa.

Concretamente, no hay una relación causal entre estar afectado y estar comprometido. No se quiere sugerir aquí que porque una persona sienta afecto, preocupación o rabia frente a un desastre ecológico, por ejemplo, ella se comprometerá con el asunto. Como dice Quéré, las emociones no harán de aquel que se siente afectado un activista, necesariamente. Pero sí tendrá una “experiencia distinta del

⁸ Aunque en otro sentido, no etnográfico pero sí teórico, ver al respecto Boltanski (1991).

problema” (2012, p. 285). En este sentido, el estar afectado desencadena acciones, evaluaciones, consideraciones. “Las emociones son motores de la conducta” (Quéré, 2012, p. 282), hacen que las personas perciban y se interesen por debates, problemas, experticias, declaraciones. A partir de esto nacen también evaluaciones de lo que los actores están o no dispuestos a aceptar. Con todo esto, poco a poco empiezan a juntar datos que les permitirán conocer mejor el problema, pero ello no borrará el afecto sentido desde un comienzo por el problema. Las emociones, como señala Quéré retomando a Livet, nos empujan a hacer cosas, a reaccionar. Son parte de un sistema de relaciones; nos permiten cuestionar el mundo y atribuir más o menos valores a ciertas situaciones en las que nos vemos envueltos. La defensa o la resistencia a otros valores que no son aquellos que compartimos implica afectos: sentimos rabia e indignación, o bien alegría y satisfacción en situaciones en que nuestros valores comunes se ven puestos en cuestión, validados o mientras la situación nos importe. La defensa de los valores motivan la acción y lleva a “revisar” (Livet, 2002; cit. por Quéré, 2012, p. 280) la realidad o el problema.

Los niveles y roles de los afectos en el compromiso

La Red tiene sus orígenes en la década de 1990, al suroriente del Gran Santiago. En esos años, la expansión de la capital y la construcción de barrios cerrados para las clases medias y medias altas, empieza a ocupar el piedemonte andino.⁹ La asociación es creada formalmente el año 2006 por un grupo de entre ocho y 10 vecinos de entre 50 y 70 años, mayoritariamente mujeres profesionales. Poco a poco, con los años se irán sumando jóvenes a la asociación. Durante la etnografía, eran regularmente diez personas las que participaban activamente; entre ellas, la mitad eran mujeres mayores y la otra mitad eran jóvenes estudiantes universitarios menores de 30 años.

Esta asociación, desde su inicio plantea la defensa de la precordillera en oposición al desarrollo que ha conocido la comuna en los últimos años, criticando el hecho de tener dos *shopping centers* que habrían atraído a las familias de la comuna, dejando la cordillera como “una naturaleza lejana e inaccesible” (Declaración de Principios de la Asociación, septiembre 29 de 2007). Frente a los problemas que ha traído el ‘desarrollo’, según ellos, al que se suma la casi completa privatización de la precordillera, los vecinos organizados en torno al colectivo valoran la existencia de

⁹ Se ha optado por mantener el anonimato de la asociación en cuestión, puesto que se abordan aspectos internos de la organización.

algunos pocos espacios verdes. Entre ellos, el principal es un bosque esclerófilo de más de 500 hectáreas, *el último bosque nativo de Santiago*, como señalan algunos miembros, que es actualmente privado y que fue descubierto casualmente por los vecinos poco antes de formar la asociación.

Aun cuando buscan proteger la naturaleza y el territorio, los miembros no se identifican con grupos o partidos ecologistas. La Red es sobre todo un grupo local, arraigado en la precordillera santiaguina, que concentra sus actividades de preferencia en la comuna, tomando distancia de la municipalidad y buscando su propio espacio participativo, raramente asemejándose a otros grupos, aun cuando apoyan diferentes causas. Los miembros de la Red constituyen el movimiento contra el dueño del bosque, así como también contra la mayoría de las autoridades, quienes se han transformado a lo largo de los años en las referencias opuestas a la identidad del grupo.

Si bien realizan distintas actividades masivas para sensibilizar a los habitantes de la comuna frente a la existencia de dicho bosque, los miembros se reúnen periódicamente para poder organizar la lucha contra los proyectos inmobiliarios. En una de estas reuniones, llevada a cabo en casa de la presidenta de la Red, Julia,¹⁰ estaban reunidos, como muchas otras veces, cuatro miembros para discutir las próximas acciones que llevarían a cabo durante ese mes de septiembre de 2008. Ese mismo día, en la mañana, se habían reunido con el intendente de Santiago, gracias a las gestiones de la esposa del ex alcalde de la comuna, quienes también habían asistido a ese encuentro. Luego de esta reunión en la Intendencia, los miembros presentes en casa de Julia hablaban de desconfianza frente a este ex alcalde.¹¹ Como ahora era miembro de la comisión de medio ambiente en el Congreso, los miembros de la Red le habían solicitado apoyo para evitar que se construyera en el bosque de tipo esclerófilo que la Red quiere proteger y defender con el fin de transformarlo en un parque público. Aunque el edil manifestó que los apoyaría, Julia y Alfonso (otro miembro joven de la Red presente) dicen que no confían en él, puesto que estaba a la cabeza de la alcaldía cuando se aprobó un gran proyecto para construir condominios en la precordillera, tres años atrás. Es precisamente este tipo de proyectos los que dieron pie a la creación de la Red y frente a los cuales los miembros se oponen.

¹⁰ Julia ha estado desde los inicios a la cabeza de la Red. Actualmente bordea los setenta años. Llegó de Europa a vivir a Chile en los años 70 y desde 1988 vive en la precordillera.

¹¹ Los nombres de los miembros de la Red aquí evocados fueron cambiados con el fin de evitar hacer públicas opiniones que surgieron en contextos internos de la asociación o en entrevistas personales. No obstante, debe considerarse que siempre compartí con ellos los objetivos de esta investigación realizada en el marco de mi tesis doctoral.

Julia agrega que las conclusiones de dicha reunión son *más o menos secretas*, y las transmitirán solo al *grupito chico*, es decir, a los miembros centrales y más activos de la Red. Además, Julia decía estar molesta pues se le informó el mismo día sobre la reunión con el intendente. Me dice que *igual se animó y preparó la carpeta con todos los documentos*. Mientras converso de esto con Julia, otro miembro, Amanda (que también bordea los setenta), sugiere que deben solicitar un recurso de amparo y agrega: *yo soy escéptica con estos megaproyectos*, refiriéndose al hecho de que respecto a los nuevos proyectos inmobiliarios en el sector, ella cree que tienen pocas posibilidades de impedirlos. Más adelante, Alfonso toma la palabra para recalcar que el actual jefe de la División de Desarrollo Urbano del Ministerio de Vivienda y Urbanismo sí tiene la facultad para poder asegurar la protección del bosque. Luego agrega que él *nos mintió* al no señalarles que sí podría evitar que el bosque desapareciera. Enseguida comienzan a discutir sobre las reales posibilidades de que el intendente se encargue de la compra del bosque para transformarlo en un *proyecto ecológico*. Pero Julia dice, sincerándose, *no lo va a hacer*, y luego subraya que ella les ha transmitido a ciertas autoridades el hecho de que *nosotros queremos el carácter rural*.

Más adelante en la reunión, Amanda cuenta que llamó a uno de los concejales para tratar el tema de los posibles cambios en el plan vial de la comuna. Sorpresivamente, Julia la interrumpe para decirle, bastante molesta: *¿pero no les hablaste sobre el bosque?* y agrega que *ese es el problema* de las personas que viven en el sector de Amanda (que se encuentra arriba del sector de Julia): *siempre hablan de ellos nomás*.

Cuando Julia se enoja con Amanda porque no ha presentado el problema del bosque frente a los concejales en el momento en que tuvo oportunidad de hacerlo, esta es obviamente una reacción espontánea. Sin embargo, el problema frente al que Julia y los demás miembros sienten que se está cometiendo una injusticia, que involucra la amenaza de desaparición de la naturaleza en un territorio dado y que es la causa de la reunión aquí evocada, es una situación que lleva años en curso y por lo mismo es la base de la reacción de indignación de Julia.

Este problema afecta a cada miembro de manera distinta y al mismo tiempo cada cual percibe y juzga la acción de los otros según su propia experiencia afectiva. De este modo, Amanda no le presta mucha atención a la pregunta e indignación de Julia, prosiguiendo con su análisis. Finalmente, tanto Julia como Alfonso y Amanda concluyen que sienten que *les pasaron gato por liebre*, refiriéndose a lo que les señalan los funcionarios que van a hacer (como los concejales de la municipalidad o los funcionarios a nivel ministerial) y que finalmente no hacen. La reunión se acaba, pues Alfonso señala que se siente mal, y poco a poco cada uno se retira a su casa.

En el transcurso de esta reunión es posible distinguir distintos niveles en los que la dimensión afectiva se expresa. Por un lado, están las rabias, enojos, afectos, molestias, alegrías, satisfacciones, etc. que viven los miembros 'dentro' de la Red. Por otra parte, las discrepancias ante a las distintas posibilidades de acción que tienen frente a los eventos que diariamente suceden y frente a las cuales buscan posicionarse, los llevan a no estar siempre de acuerdo y a mostrar sentimientos distintos.

Por otro lado, están los afectos que surgen en las interacciones (mayoritariamente en el transcurso de reuniones) con los funcionarios y autoridades, sobre todo en lo que respecta a las acciones que las autoridades señalan que harán y los resultados que los ciudadanos raramente obtienen.

Además está el rol que juega lo afectivo a nivel individual, que tiene relación con la manera en que los miembros perciben lo que sucede y cómo apprehenden los acontecimientos, cómo se enfrentan y reaccionan tanto ante las demás personas como frente a situaciones dadas.

Llama la atención el hecho de que los miembros de la Red, tanto en esta reunión como en muchas otras circunstancias, se sientan impotentes. Resulta contradictorio que por un lado busquen impedir la construcción de más condominios y al mismo sientan que frente a 'megaproyectos' no pueden hacer nada. ¿Por qué se están organizando si finalmente sienten que no pueden hacer nada? Varios de los miembros más activos, como Julia o Lina, quienes son a su vez muy cercanas y antiguas amigas y vecinas, dicen en entrevista que ellos están luchando por el bosque porque es su deber. Además de un lenguaje que remite a un compromiso individual (Eliasoph y Lichterman, 2011), los miembros se identifican fuertemente con la precordillera y su *carácter rural*, como señala Julia. El deber y el sentir que son ellos quienes tienen que dar la pelea, pues de otro modo nadie más lo hará y el bosque desaparecerá, tiene relación con el compromiso que sienten con el territorio que habitan.

Julia, Amanda y Lina fueron de las primeras habitantes en poblar este barrio de la precordillera cuando apenas había caminos. Es entonces en torno a la responsabilidad que sienten frente al territorio que estiman propio que los miembros gesten objetivos comunes que son capaces de trascender razones, valores y consideraciones personales.

El apego y el territorio

Cuando en 1995 Julia se entera de los primeros proyectos de construcción de condominios en la precordillera, cercanos a su vivienda, la relación con el entorno cambia. Recibir esta noticia fue *tremendamente triste*, en sus palabras, porque en

el lugar elegido por la inmobiliaria la gente de las poblaciones de la comuna iba a hacer pic-nics y a elevar volantines. Para ella fue *como recibir la noticia de que uno tiene cáncer.... saber que con eso se abría la puerta a todos los males que ahora nos están achacando....* (entrevista en casa de Julia, mayo 7 de 2008).

El cáncer, desde el momento en que es diagnosticado, es un proceso irreversible, es un crecimiento incontrolable. En su caso, Julia lo asimila a la llegada de los condominios: una vez que aparece un proyecto, ya no es posible volver atrás, volver a estar sano, volver a lo que era la cordillera *con el espinar*.

El apego aquí expresado remite a la dolencia: ‘duele’ algo que pasa fuera de uno como si pasara en el cuerpo mismo. Esta encarnación de los afectos, “*embodied attachment*” (Heatherington, 2005, p. 146), es distinguible a través del lenguaje, pero también por medio de los gestos. No es la mente versus el cuerpo, es la mente con el cuerpo y además con el entorno que habita, el que percibe cotidianamente.

El surgimiento de una acción colectiva puede aparecer “por un ‘shock moral’ productor de indignación” (Sommier, 2010, p. 195). En el caso de la Red, el “shock moral” indudablemente lo produjo la construcción en la precordillera (vale decir, escuchar las máquinas cada día trabajando, ver cómo el bosque es destruido, ser testigo de cómo la tierra ya no absorbe las aguas como antes, etc.). Pero, como con justa razón señala Sommier (2010), la noción de shock moral podría finalmente explicar cualquier surgimiento de acción colectiva, por ello es importante detenerse en el rol de las emociones, en cómo estas pasan de ser una ‘reacción’ más, que puede ser espontánea, a un estado afectivo, a un compromiso que se prolonga en el tiempo.¹²

La casa de Julia está en medio de un gran jardín, entre árboles grandes, y tú ves abajo de mi nogal pasan los pájaros, hay tiuques, incluso hay pencos de repente, hay zorzales, hay picaflores [...], hay tórtolas, hay queltehues, los tiuques vienen aquí al lado, a ese árbol que está aquí en el garaje a meterse también... (Julia, mayo 7 de 2008).

Cuando vemos el entorno en el que vive Julia comprendemos por qué los condominios que progresivamente han ido siendo construidos cerca de su barrio, no le

¹² Siguiendo a Sommier (2010), para dar cuenta de este complejo proceso tendríamos que detenernos en todos aquellos motivos que facilitan el compromiso, en todas las distintas maneras de distinguirse que tienen los involucrados (ciudadanos, expertos, víctimas, profesionales...), en todas las formas de actuar durante el compromiso (caminatas, fiestas, reuniones, conferencias de prensa, acciones en Tribunales...); sin embargo, por falta de espacio, nos concentramos aquí en los principales estados afectivos que determinaron el compromiso de los miembros centrales de la Red.

gustan. Los proyectos inmobiliarios cortan los árboles nativos que Julia junto a la organización que lidera, defienden y buscar proteger. Entre estas casas nuevas, todas iguales, han plantado palmeras y otras especies que no son autóctonas.

La voz de Julia se enternece cuando se refiere a su jardín, a su entorno, habla pausadamente, sonríe, usa diminutivos. Poco antes, Julia me contaba con energía acerca de situaciones que la indignan. Se eleva el tono de su voz, habla más rápido y con tono de enojo, habla de situaciones que no logra entender. La indignación, siguiendo el análisis de Quéré, ayuda, por una parte, “a resistir frente al acomodamiento de la realidad tal como es” (en este caso, la construcción de condominios en la precordillera y destrucción del bosque esclerófilo), y por otra, “al desarrollo de una sensibilidad pública nueva frente a las cuestiones ambientales y la defensa de bienes comunes” (2012, p. 286).

Esas son las cosas que tú te dices [...] yo, como extranjera, no puedo entender, no puedo entender, ¿me entiendes? ¿Cómo!? Habiendo tanto terreno en este país, llevan a la gente a vivir hacinada como conejos, como sardinas en una lata. Yo creo que hay que tener dos dedos de frente para saber de psicología, que es igual que una plantita, si pones diez plantas en un macetero no pueden crecer; igual con los niños, cómo va a crecer un niño en un departamento de 24 m². Yo aquí tengo una casa de 180 m², con 4 hijas y nosotros encontrábamos que no teníamos ni un espacio de más. [...] y con los cinco encontramos que la casa está requete llena. Es un lujo también, pero la gente necesita su espacio, los niños necesitan su pieza, o por lo menos de a dos... (Julia, mayo 7 de 2008)

Las analogías entre la naturaleza (una planta en este caso) y los seres humanos son comunes en las referencias de Julia; ambos son seres vivos con necesidades básicas tales como espacio, aire, cuidados específicos. La planta requiere de cuidados para crecer, lo mismo que un niño. El objetivo es común, trátase de la naturaleza o de los seres humanos. Existe entonces una finalidad compartida que es vivir y vivir bajo ciertas condiciones, con ciertas garantías. Es, en definitiva, un *modo de vida*, una *calidad* que Julia está defendiendo aquí.

Al mismo tiempo, Julia se desmarca de lo ‘común’ (es decir, de lo que la mayoría comparte) en lo que se refiere a Chile. Ella, en tanto extranjera, no logra entender situaciones que se dan en este país; en realidad, ella no es parte de eso que no logra entender. Al evaluar la situación de hacinamiento, según ella, de barrios cercanos al suyo, donde los habitantes residen en viviendas sociales (casas y edificios) enfrenta un proceso de autoanálisis, y aunque se reconoce privilegiada, considera que

hay ciertas necesidades que no se pueden transar. El espacio aparece aquí como un derecho central: el espacio en cuanto a metros cuadrados, pero también a un espacio *vivido* por los seres humanos.

Por otro lado, ‘el no entender’ provoca en Julia sentimientos de confusión, de desespero, de angustia, de rabia. La situación es difícil (incomprensible para ella, que creció en otro país) y Julia no es capaz de acomodarse a ella, no le parece aceptable y por ende la ‘revisión’ de esta, en términos de Dewey, da cuenta de que Julia está frente a un problema.

La manifestación de afectos y apegos logra que los demás se impliquen, llama la atención del otro, no solo en marchas, sino también –en el caso de la entrevista de Julia– en encuentros más íntimos, como el que se produce entre Julia y yo, en tanto ‘entrevistadora’, a quien ella expone su relato con énfasis, intentando hacer parte a su auditorio del problema.

Los afectos implicados en la defensa de la naturaleza

La relación afectiva con el entorno no siempre es fácil de transformar en argumento válido. Aun cuando durante las entrevistas Julia recalca su pasión por el lugar donde vive, ¿cómo hacerlo frente a otros –como las autoridades– que esperan evaluar razones racionales ante el tema de conflicto? En estudios de empresas, de municipios o ministerios es notoria la ‘desterritorialización’ del lugar que se evalúa, en este caso, la precordillera. Un caso ejemplar son las Declaraciones de Impacto Ambiental, como aquella elaborada por la empresa (y presentada ante los organismos de Evaluación Ambiental del Estado) que quiere construir un nuevo proyecto inmobiliario en la zona colindante del terreno de Julia. Allí se lee que “este sector no posee valor paisajístico” (Gesterra, 2011, p. 7). Quienes elaboran estos informes no interactúan con los habitantes cercanos al espacio requerido, ni tienen relaciones duraderas o cercanas con estos lugares. A partir de experiencias distintas con el entorno, se constituyen experticias y formas opuestas de considerarlo. Mientras unos revelan sus emociones y afectos hacia el medio ambiente, otros intentan aplicar la ley y ser ‘racionales’, sin remitir a un sentido común.

Al respecto, el lenguaje, las acciones y decisiones que toman los actores implican los afectos y muestran que también existen relaciones de fuerza y ‘puestos’ (*places*) ocupados por cada actor, desde donde hablan, escuchan y actúan, y exponen sus impresiones. Estos puestos, donde están involucrados los afectos, van más allá de las posiciones sociales o de los criterios económicos o simbólicos. Son el dolor, la

rabia, el sentimiento de injusticia, los que marcan estos puestos y por lo mismo no pueden ser analizados como expresiones interesadas o desinteresadas, sino que en tanto afectos (Esquerre, 2007).

El lenguaje de las emociones es quizás el medio por el cual se hace más aprehensible la dimensión afectiva. Considerando cómo los actores nombran lo que sienten, podemos analizar el objeto que produce tal emoción. En este caso, en filosofía se dice que las emociones son fenómenos intencionales (Deonna y Teroni, 2008).

La dimensión afectiva surge a través del lenguaje tanto en relación a cómo los integrantes de la Red perciben lo que pasa a su alrededor (la influencia que tiene en ellos la naturaleza en torno a la que viven), como también al momento de intentar explicar los argumentos de la defensa del sector por la que abogan los miembros de la Red cotidianamente. Los argumentos tienden a atenderse únicamente dentro de un lenguaje técnico o racional. Sin embargo, analizando cómo se explicitan estos argumentos vemos que no siempre existe una separación entre lo racional y lo afectivo. La experiencia emocional implica un objetivo y un proceso de evaluación de este objetivo (Guilhaumou, 2011).

Pero no es solo a través del lenguaje que se mueven los afectos. Las personas también experimentan sentimientos que, más que ser legibles por el hecho de ser nombrados, se vuelven legibles a través de una experiencia corporal (Gould, 2002, p. 184). Los afectos que la naturaleza que la rodea suscitan en Julia, son evidentes. Mientras paseamos por su jardín, ella me explica en detalle las flores, los árboles, los proyectos que ahí tiene. Se emociona cuando remite a este lugar, al igual como lo hace cuando habla del bosque en la precordillera. La naturaleza se incorpora y, tal como me decía en una entrevista un dirigente de una asociación con la cual participó la Red en reuniones con Conaf, *esto hay que quererlo para defenderlo* (entrevista, noviembre 13 de 2010).

‘Querer’ implica estar ligado al lugar, no solo en términos de cuidarlo y protegerlo; querer implica también una investigación. En el caso de los miembros de la Red, ellos han estudiado el lugar, lo han evaluado, saben qué es valioso allí.

En la misma entrevista a Julia antes citada, cuando le pregunto qué estudió, ella me explica que aunque haya estudiado algo que no está directamente relacionado con la precordillera (enfermería),

le gusta este asunto... me gusta siempre saber, mira, no decir ‘aquí no se puede construir porque no me gusta’, no poh... porque está todo comprobado, geográficamente, geológicamente, que desde el punto de vista del clima también... qué va a pasar cuando llenen con cemento todo el cerro.
(Entrevista, noviembre 13 de 2010)

Como si quisiera defenderse de acusaciones tipo NIMBY, *Not in my backyard*, (egoísmo individual y de las colectividades locales), Julia resalta que *le gusta saber*. Y es que los análisis desde la explicación NIMBY consideran las argumentaciones de rechazo de asociaciones civiles a ciertos proyectos principalmente en términos racionales y estratégicos (al respecto, ver el agudo análisis de Trom, 1999). La prioridad que se le ha dado al 'interés' ha hecho olvidar el componente emotivo que provoca que personas que aman un lugar determinado se opongan a que este cambie, se venda, desaparezca, etc. Si Julia ha tomado años para aprender y así defender la precordillera, es porque tiene un "*embodied attachment*" (Heatherington, 2010, p. 152) con este lugar. En su compromiso se mezcla el saber técnico con la experiencia vivida en el sector; lo que ella ha aprendido leyendo, buscando, recopilando, pero también viviendo aquí. Ella aprende, y aprende porque le gusta. Ciertamente quiere tener argumentos 'válidos' para defenderse en instancias técnicas (legales, administrativas, territoriales, etc.). Pero, al mismo tiempo, hay una relación afectiva con lo que la rodea que la motiva también a interesarse y aprender sobre el medio ambiente precordillerano.

En palabras de Heatherington no podemos "rechazar una falsa oposición entre razón y emoción que menosprecia la inteligencia de cualquiera cuya postura es apasionada. Al contrario, las emociones pueden resumir y simbólicamente condensar pensamientos 'racionales' o literales" (2010, p. 146). Esta autora destaca que el trabajo conceptual que realizamos de manera personal, condiciona la experiencia encarnada y viceversa, y de esta manera un debate político insípido, o que pudiera parecer neutro o técnico (como por ejemplo la discusión de una ley), para algunos puede transformarse en una experiencia intensamente desagradable y provocar por ende rabia o dolor.

Los afectos se vuelven problemáticos cuando los miembros deben justificar sus demandas y sobre todo cuando deben enfrentarse a las autoridades. Julia evoca el modo en que las autoridades responden a sus demandas haciendo 'lo que tienen que hacer', es decir, refiriéndose a lo que se puede o no según una ley, un artículo, etc. Pero, ¿qué pasa cuando los afectos surgen en una y otra parte (en ciudadanos y/o autoridades)?

En una reunión de la Red, sostenida con el secretario regional ministerial (seremi) de Agricultura, este no reprime sus emociones y creencias. Luego de explicarles a los miembros de la Red los aspectos positivos del clima mediterráneo que tiene Santiago, señala que *esa es una bendición... deberíamos estar golpeándonos el pecho* (reunión en la Secretaría Regional Ministerial de Agricultura en Santiago, junio de 2010). Saliéndose de los límites que establece su rol de funcionario, el seremi prosigue con un discurso sobre el cambio climático en el que mezcla las andanzas

de Claudio Gay en Chile o el apoyo de la empresa privada, así como otros asuntos que no tienen relación directa con los temas que los miembros de la Red quieren abordar. El funcionario busca captar la atención y mostrarse empático con los auditores. Sorpresivamente, sale en busca de una fotografía y regresa con la reproducción de un espino *precolombino*. . . *yo lo tengo de fondo de pantalla*, dice. La foto deja emocionados y sobre todo impactados a los miembros de la Red. Dicen que nunca han visto uno tan grande y le piden copias al seremi. Además de captar la atención de los asistentes, el seremi logra mostrarse sensible ante un auditorio que le está reclamando, al mismo tiempo, que *hay una falta de participación* y por lo mismo *nos va a costar volver a confiar en la institucionalidad*. La foto y los afectos que esta provoca sirven para sobrepasar las rencillas, los conflictos entre autoridad y ciudadanos, aunque sea momentáneamente.

En la defensa de la precordillera están involucrados, además de acciones concretas cotidianas, los afectos, tanto en relación con el lugar que intenta ser defendido, como en las relaciones dentro y fuera de la Red. Hay las emociones sociales, públicas, que dependen de las interacciones con otros. Pero no todas las emociones son ‘creaciones sociales’ que actúan a favor de un público (Livet y Thévenot, 1997). En la Red, la experiencia con respecto al medio ambiente y el bosque que quieren proteger es central en el compromiso. La relación particular tejida allí es parte de la identidad de la asociación. El bosque es la persistencia de la asociación y su compromiso. Las acciones se hacen para él y con él. Es necesario entonces experimentar el espacio para ‘afectarse’, para ‘sentirse comprometido’. Es a partir de la interacción entre los actores y el medio ambiente –relaciones más o menos fuertes según el actor en cuestión– que estos elaboran razones para explicar el compromiso. En este sentido, el medio ambiente transforma a los actores (Gramaglia, 2006).

Podemos entonces entender que la *batalla por el bosque*, en palabras de los miembros de la Red, *no [es] solo la defensa de la naturaleza, sino que es por sobre todo la defensa del espacio que habitamos*, en un sentido amplio. Y, al entablar relaciones e interacciones, al ‘estar afectados’, nacen nuevos lazos con el medio ambiente que la mayoría de las veces no son considerados por estudios o proyectos que siguen una racionalidad gubernamental o empresarial, sin considerar las experiencias.

Emoción, compromiso y naturaleza

Desde un enfoque antropológico y etnográfico, Favret-Saada (1990) describe el estar afectado como la posibilidad de abrir una comunicación que puede ser verbal o no. Es decir, esta comunicación es verbal cuando, por ejemplo, los actores dicen

cosas que ellos mismos no saben por qué exactamente las dicen. Lina, cercana colaboradora de Julia, decía por ejemplo en la misma entrevista antes citada que *uno descubre cuestiones de repente [...] ahí me di cuenta que tenía los pies muy en la tierra y que mi corazón era de tierra [risas]... no sé*. Cuando Julia dice que su ‘corazón es de tierra’, ella y quien la escucha saben que racionalmente esto es imposible; ella misma se ríe de esta aseveración, sin embargo, ella así lo siente y así lo dice, sin saber por qué. Esto se compara con lo que Favret-Saada (1990) llama una comunicación verbal, involuntaria y desprovista de intencionalidad. La risa misma, en tanto, es un ejemplo del aspecto no-verbal de este tipo de comunicación en que se revela un estado –en este caso, cierta alegría y sorpresa. También pueden expresarse otros estados, como el de pánico, nerviosismo, preocupación. Los miembros de la Red están afectados: entran a veces en estado de shock, los invade la preocupación, sienten rabia o impotencia... En este sentido es que “cada uno presenta una suerte particular de objetividad”, en la que “no podemos estar afectados sino que de una cierta manera”, subjetiva (Favret-Saada, 1990, p. 7).

El ‘trabajo emocional’, concepto bastante conocido de Arlie Hoshchild (1979; cit. por Eliasoph y Lichterman, 2011), remite a la estructura social, a las desigualdades sociales o de género: “las reglas emocionales son reglas morales que las personas comparten de manera tácita, para calificar y expresar sus sentimientos y para conferirles un valor moral” (Hoshchild, 1979; cit. por Eliasoph y Lichterman, 2011, p. 390).

Pero, ¿qué pasa cuando el trabajo emocional se refiere al compromiso a nivel individual, centrado en las interacciones con la naturaleza? ¿En qué medida el sentirse afectado y por lo tanto tener sentimientos frente a una causa influye en el compromiso de una persona por esta misma causa? Es necesario poner el foco en lo micro para ver cómo las estructuras sociales no necesariamente influyen definitivamente el trabajo emocional. Como señalan Eliasoph y Lichterman (2011), Hoshchild le da poca atención a las interacciones, a los sentimientos íntimamente sentidos.

La interacción con la naturaleza en la Red se vive mucho más como una experiencia individual que como un proceso colectivo. Cada uno narra de manera distinta y personal la forma como se sorprendieron la primera vez que fueron al bosque en la precordillera, o cómo se relacionan con este entorno. Sin embargo, gracias a las actividades colectivas, la asociación ha desarrollado vivencias grupales que han cambiado el devenir del grupo, la manera en que se percibe el bosque. Hoy, lo que pase en el bosque también los afecta colectivamente: están tristes si no ven resultados en el proceso de defensa, cuando observan que no son escuchados ante las autoridades o cuando caminan entre los árboles y descubren nuevas especies. *En el bosque nos relajamos*, señalaba Julia en el transcurso de una reunión de la

Red a fines de 2009. Gracias a la acción colectiva y como resultado de esta, el ‘yo me afecto’ pasa a ser un ‘nos afecta’.

La interacción constante con la precordillera ha generado que cada vez nuevos miembros integren la Red. Al contrario, cuando no existe esta relación particular que han tejido los miembros con el bosque, y que los identifica como grupo, difícilmente perdura el compromiso. Es el caso de Andrés, abogado de 35 años, quien comenzó muy activamente en la Red el año 2007, pero que progresivamente dejó de participar. Fue clara la causa de su desinterés cuando, en el curso de un evento de la Red, comentó en entrevista que *para él no tiene sentido seguir en una organización ecologista* (noviembre 15 de 2009). Con anterioridad había confiado en entrevista que a él no le importaban para nada los árboles; en cambio, *a mí lo que me interesa es parar las inmobiliarias, que dejen de ganar plata* (noviembre 2 de 2009). Acto seguido ante la pregunta de cuál cree él que es el interés de Julia, él responde: *a ella sí le interesan los árboles*. Los árboles, el quererlos, el buscar protegerlos, el interesarse por ellos, el considerarlos, es lo que hace la diferencia entre el compromiso de Julia y el de Andrés.

Con esto no quiero negar que en la Red los motivos no sean políticos y sociales. El compromiso por la naturaleza no excluye otros. Así, el compromiso de Julia, al igual que el de los demás integrantes, es un compromiso político que implica una contestación, una protesta. Como parte de la identidad de la Red, el compromiso político en esta implica una relación afectiva y duradera con el entorno, como bien lo expresa Julia al explicar a actores de otras organizaciones su compromiso. Ella expresa: *hay razones ecológicas, medioambientales, sociales... no es solo porque ‘ay, me gustan los arbolitos’*. Lo ecológico y lo social no son entendidos como argumentos separados, sino que son parte de un mismo proceso en el que los miembros se forman para defender el bosque frente a las autoridades. Este proceso involucra una búsqueda constante de argumentos que permitan legitimar su lucha. Al explicar el compromiso, los miembros no dividen las razones en categorías, como ‘yo me comprometo por tal razón social, y tal otra económica, y tal otra política’. Por el contrario, el compromiso expuesto nace de una experiencia, de un descubrimiento. Tal como dice Lina:

[c]uando nos empezamos a meter en el asunto y nos empezamos a... a tener conciencia de lo que significa tener un bosque cercano, aparte de la cosa linda del primer momento [...] Entonces sacar el bosque implica un daño muy grande. Bueno, ¡esto yo lo tomé como una cosa muy como importante para mí! Entonces empezamos a ir con más frecuencia, con mi esposo, al cerro, y en alguna oportunidad caminamos con amigos hacia el sur. (Entrevista, mayo 14 de 2008)

Al igual que Julia, Lina hace hincapié en el proceso posterior al descubrimiento del bosque y al hecho de tomar conciencia de su existencia. Es a través del proceso de compromiso y afecto que el medio ambiente se transforma en motivo de identificación y de reivindicación social y simbólica (Gramaglia, 2006). Los afectos hacia la naturaleza transformaron a los vecinos, quienes pasaron de ser ‘observadores’ del entorno en el que vivían a personas ‘comprometidas’ con él. De este modo, podemos afirmar que las emociones animan a los actores en la acción colectiva tanto como los objetivos materiales, mostrando la dimensión más sensible del compromiso y de la vida pública (Cefaï, 2007).

Según los entrevistados, antes de comenzar el proceso que implica tomar conciencia del medio ambiente, hay un momento de ruptura en sus trayectorias cuando ‘descubren’ el bosque. Lina, al igual que otros entrevistados miembros de la Red, cuenta que quedaron impactados cuando un vecino los invitó a caminar y conocieron el bosque. Lo interesante es que son las particularidades del bosque (su estado de conservación, su calidad de bosque esclerófilo, su antigüedad, las especies que alberga, etc.) las que determinan el compromiso de los vecinos. Sin la ‘calidad’ de este bosque posiblemente la Red no existiría. Los vecinos anteriormente habían llevado acciones contra las empresas inmobiliarias en los sectores precordilleranos para oponerse a los condominios, pero una organización como la Red no tiene precedentes, y nunca una organización de este tipo había perdurado en el tiempo ni crecido como lo ha hecho esta hasta ahora.

Como lo sugiere Martouzet (2002), el querer un espacio determinado implica una capacidad de aprendizaje de este y de su funcionamiento. En este querer tienen un rol central los fenómenos afectivos, sobre todo en lo que concierne a la planificación de los espacios (Feildel, 2007). La acción individual y colectiva en y sobre el espacio es indisoluble de las emociones que participan en los compromisos por estos espacios.

El amor por el bosque ha transformado los procesos individuales de compromiso, pero también ha cambiado, lentamente, la manera en que los miembros se relacionan. En un principio, la organización tenía que lidiar con notorios problemas de relaciones internas. Las peleas y desacuerdos entre los miembros eran constantes. Igualmente, la desconfianza entre unos y otros produjeron importantes quiebres en los inicios. Sin embargo, en este tiempo de constitución, consolidación y continua reestructuración de la asociación, la manera de relacionarse de los miembros ha dado un importante vuelco. Hoy, la dimensión afectiva es un signo cotidiano que se muestra, se dice, se nombra y se expresa. Los miembros, a través de los correos electrónicos, por ejemplo, están continuamente mostrándose unos a otros sentimientos, enviándose mensajes afectuosos, contando cómo se sienten, si están

pasando por un momento crítico (muerte de un familiar, rendición de exámenes finales en el caso de los estudiantes, situaciones difíciles, etc.). Mutuamente se sostienen, se dicen que se quieren, que se extrañan, *que el amor es más fuerte*, como firma constantemente los correos una integrante joven. Ella misma, en una ocasión en que organizaban el estreno de un documental en el que participaron, firmaba: *el amor es más fuerte y aquí sí que sabemos de eso o nooooo??* En este sentido, los afectos hacen referencia a un espacio común, a experiencias comunes, a criterios de comprensión y comunicación compartidos.

La Red nació por la necesidad de salvar el bosque. Pero la agrupación creció y hoy existen también gracias a la expresión de sentimientos, de amor y de respeto, hacia sí mismos y entre ellos, y de mucho orgullo por lo que han llegado a ser, y que ha permitido que el bosque aún exista gracias a ellos, otorgándole un sentido común a la organización.

Reflexiones finales

A partir del momento en que algunos de ellos descubren el bosque, la tarea de defenderlo se acelera, y es a partir de ahí que todo cambia para ellos. Según esta constatación es que este artículo buscó mostrar cómo podemos integrar los afectos en el proceso de acción colectiva cuando hay un medio ambiente particular implicado.

El sentirse afectado por lo que pase *con* y *en* la naturaleza en el caso aquí descrito, se destaca por implicar un sentimiento positivo, idealista. Este artículo abordó sobre todo sentimientos beneficiosos, en el sentido de que hasta ahora el amor desarrollado por la Red con respecto al bosque ha impedido que este se destruya. Además, la existencia de la agrupación ha permitido a sus miembros entrar en la arena pública en torno a la protección del medio ambiente en Santiago. De este modo, los ha transformado en actores relevantes. Sus vidas cambiaron; tanto ellos como la precordillera, podríamos decir, se han beneficiado de sus motivaciones.

Sin embargo, hay una dimensión que resulta difícil de captar durante la etnografía: los sentimientos de incertidumbre, de desilusión, de resignación. Estos generalmente se esconden, sobre todo frente a la mirada del etnógrafo, para mostrar la faceta más emprendedora del colectivo. Pero no hay dudas de que este atraviesa momentos difíciles, de incompreensión, de incomunicación o de deserción, que van suscitando emociones negativas. En los distintos períodos que ha atravesado la Red, también se constataron situaciones de pesimismo, que en general es un

sentimiento que perdura a lo largo del compromiso. Sintetizando, podríamos decir que los miembros piensan de la siguiente manera: ‘hacemos esto y lo hacemos bien (defender el bosque) pero no confiamos en las instituciones, ni en los políticos ni en las autoridades competentes’. Este es un discurso muy omnipresente en las organizaciones civiles actuales. Se cree que se haga lo que se haga, el dinero y/o los intereses siempre serán más fuertes frente a las demandas. Podemos entonces hacernos la pregunta de por qué ellas siguen luchando, si pervive un profundo sentimiento de impotencia. El trabajo colectivo, el amor entre los miembros, la unidad e identidad del grupo, sin lugar a dudas son determinantes para salir adelante, para motivarse y asistir a las actividades, para buscar nuevos apoyos, para conseguir pequeños éxitos diarios. Aun cuando uno de sus miembros se sienta pesimista, debe transmitir otras emociones y no dejar que la fuerza grupal decaiga.

Por ahora, para *mostrar que ese lugar no se puede destruir*, los integrantes de la Red han decidido llamar a más gente a recorrer el bosque junto a ellos, organizando caminatas y actividades en el lugar. Por otra parte, otro frente se encarga de las declaraciones, otro de buscar las argumentaciones técnicas y legales para sostener la defensa. En todos estos distintos niveles de la acción colectiva, ninguno de los miembros tiene una relación ‘neutra’ con el entorno. Hasta ahora, entre los que han perdurado en la agrupación, ninguno trabaja en una oficina distante del lugar que se quiere proteger. Cada uno ha tejido un lazo particular, ya sea por vivir en el sector, por asistir a las caminatas, etc.

Gracias a las acciones y denuncias realizadas, los miembros de la Red están poniendo en el debate temas que antes no se han discutido. La precordillera adquirió un nuevo significado para las autoridades y en la municipalidad ahora se mira con otros ojos lo que pasa ‘allá arriba’, gracias al continuo cuestionamiento de parte de los ciudadanos. En este sentido, lo que están haciendo estos actores es transformar la percepción de la naturaleza en la precordillera, que ya no es solo un paisaje.

Recibido diciembre 4, 2012
Aceptado marzo 18, 2013

Referencias bibliográficas

- Aminzade, R., & McAdam, D., eds. (2002). Emotions and contentious politics. *Mobilization: An International Quarterly* 7 (2), 107-109.
- Amossy, R. (2010). *L'argumentation dans le discours*. París: Armand Colin.
- Audas, N., & Martouzet, D. (2008). “Saisir l'affectif urbain. Proposition originale par la cartographie de réactivation des discours”, Manuscrito del Coloquio “Penser la

- ville”, Algeria. Disponible en <http://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00380553/> [abril 2013].
- Aristóteles (1991). *Rhétorique*. Trad. Ruelle, introd. M. Meyer. París: Le Livre de Poche.
- Barozet, E., & Biskupovic, C. (2012). Pluralité et territoires dans les espaces publics au Chili: Réflexions sur une action collective située. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New world New worlds*. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/64089> [abril 2013].
- Becker, H. S. (1985). *Outsiders. Etudes de sociologie de la déviance*. París: Métailié.
- Boltanski, L. (1991). *L'amour et la justice comme compétences*. París: Métailié.
- Bonnet, M. (2007). A la recherche de l'émotion perdue (revue Face à Face, 2006, 8-9). *ethnographiques.org* (Comptes rendus d'ouvrages). Disponible en <http://www.ethnographiques.org/2007/Bonnet> [abril 2013].
- Biskupovic, C. (2011). Acción colectiva en espacios cerrados. *Polis. Revista Latinoamericana* 28. Disponible en <http://polis.revues.org/1133> [abril 2013].
- Cefaï, D. (2007). *Pourquoi se mobilise-t-on? Les théories de l'action collective*. París: La Découverte.
- (2011). Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas. De la experiencia al compromiso. *Revista de Sociología* 26, 137-166.
- Clough, P. T., & Halley, J. (2007). *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham, NC: Duke University Press.
- Deonna, J. A., & Teroni, F. (2008). *Qu'est-ce qu'une émotion?* París: Vrin.
- Dewey, J. (2010). *Le public et ses problèmes*. Trad. J. Zask. París: Gallimard.
- Di Bella, M. P. (2003). User des émotions. Foule et exécutions à Palerme. *Revue du MAUSS*, 2 (22), 33-43.
- Eliasoph, N. (2010). *L'évitement du politique: Comment les Américains produisent l'apathie dans la vie quotidienne*. París: Economica.
- Eliasoph, N., & Lichterman, P. (2011). Culture en interaction. Une ethnographie des styles de groupe de deux organisations civiques en Californie. En M. Berger, D. Cefaï, & C. Gayet-Viaud, *Du Civil Au Politique: Ethnographies Du Vivre-Ensemble* (pp. 355-400). Bruselas: P.I.E.-Peter Lang.
- Esquerre, A. (2007). La machine à coudre le monde de Jeanne Favret-Saada. *EspacesTemps.net*. Disponible en <http://espacestemp.net/document2931.html> [abril 2013].
- Esquerre, A., Gallienne, E., Jobard, F., Lalande, A., & Zilberfarb, S. (2004). Entretien avec Jeanne Favret-Saada. *Vacarme* 28. Disponible en <http://www.vacarme.org/article449.html> [abril 2013].
- Favret-Saada, J. (1990). Être affecté. *Gradhiva*, N° 8, 3-10.
- Feildel, B. (2007). Le rapport affectif à l'espace dans le projet d'aménagement-urbanisme: représentations, coordinations et actions en contexte affectif. Grenoble, XLIII^e colloque de l'ASRDLF.

- Gesterra S.A. (2011). Declaración de Impacto Ambiental Proyecto Inmobiliario El Panul, Santiago. Disponible en www.e-seia.cl [abril 2013].
- Goffman, E. (1974). *Les rites d'interaction*. París: Les Editions de Minuit.
- Goodwin, J., Jasper, J. M., & Polletta, F., eds. (2001). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements* (1st ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- Gould, D. (2002). Life during Wartime: Emotions and the Development of ACT UP. *Mobilization* 7 (2), 1-27. Disponible en www.actupny.org/indexfolder/gould_s02.pdf [abril 2013].
- Gramaglia, C. (2006). *La mise en cause environnementale comme principe d'association. Casuistique des affaires de pollution de rivières : L'exemple des actions contentieuses de l'Association nationale de protection des eaux et rivières (ANPER-TOS)*. Thèse de sociologie. París: Ecole des Mines.
- Guilhaumou, J. (2011). Raphaël Micheli, *L'émotion argumentée. L'abolition de la peine de mort dans le débat parlementaire français*. Semen. Disponible en <http://semen.revues.org/9409> [abril 2013].
- Jasper, J. (2011). Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research. *Annual Review of Sociology* 37, 285-303.
- Heatherington, T. (2005). 'As if someone dear to me had died': Intimate landscapes, political subjectivity and the problem of a park in Sardinia. En K. Milton, & M. Svasek, *Mixed emotions: anthropological studies of feeling* (pp. 145-162). Oxford, UK; New York, N.Y.: Berg.
- Leavitt, J. (1996). Meaning and Feeling in the Anthropology of Emotions. *American Ethnologist* 23 (3), 514-539.
- Livet, P., & Thevenot, L. (1997). Modes d'action collective et construction éthique. Les émotions dans l'évaluation. En J.-P. Dupuy, & P. Livet (dir.), *Les Limites de la rationalité: Tome 1: Rationalité, éthique et cognition* (pp. 412-439). París: La Découverte.
- Marcus, G. (2008). *Le citoyen sentimental: Emotions et politique en démocratie*. París: Les Presses de Sciences Po.
- Martouzet, D. (2002). Le rapport affectif à la ville, conséquences urbaines et spatiales. Le cas de Fort-de France (Martinique). *Annales de Géographie*, T. 111, N° 623, 73-85.
- Mauss, M. (1968). *Sociologie et anthropologie*. París: Presses Universitaires de France-PUF.
- Milton, K., & Svasek, M. (2005). *Mixed emotions: anthropological studies of feeling*. Oxford, UK; New York, N.Y.: Berg.
- Passerini, L. (2008). Connecting Emotions. Contributions from Cultural History. *Historiein* [online] 8, 117-127 [abril 2013].
- Quéré, L. (2012). Le travail des émotions dans l'expérience publique. Marées vertes en Bretagne. En D. Cefaï, & C. Terzi., *L'expérience des problèmes publics*. París: Editions de l'Ecole Pratiques de Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Rosenwein, B. H. (2002). Worrying about Emotions in History. *The American Historical Review* 107 (3), 821-845.

- Sommier, I. (2010). Les états affectifs ou la dimension affectuelle des mouvements sociaux. En O. Fillieule, E. Sommier, I., et al., *Penser les mouvements sociaux: Conflits sociaux et contestations dans les sociétés contemporaines* (pp. 185-201). Paris: La Découverte.
- Soutrenon, E. (1998). Le corps manifestant. La manifestation entre expression et représentation. *Sociétés Contemporaines* 31 (1), 37-58. doi:10.3406/socco.1998.1770
- Traïni, C., & Collectif. (2009). *Emotions... mobilisation!* Paris: Les Presses de Sciences Po.
- Trom, D. (1993). La nature en danger. La temporalisation de l'action politique. En M. Abelès, M. (ed.), *Le défi écologiste* (pp. 111-116). Paris: L'Harmattan.
- _____ (1999). De la réfutation de l'effet NIMBY considérée comme une pratique militante. Notes pour une approche pragmatique de l'activité revendicative. *Revue Française de Science Politique* 49 (1), 31-50.
- Truc, G. (2006). Le cosmopolitisme sous le coup de l'émotion. Une lecture sociologique des messages de solidarité en réaction aux attentats du 11 mars 2004 à Madrid. *Hermès* 46, 189-199.
- Turner, V. (1967). *The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*. Ithaca, NY: Cornell University Press.